

SALVAR EL FUTURO:

LA CONCIENCIA ECOLÓGICA COMO MOTOR DE CAMBIO

Autores: Sebastián Bolaños y Jhonier Bravo

Hay momentos en los que nos detenemos a pensar en la rutina diaria y nos damos cuenta de lo automático que se ha vuelto todo. Nos levantamos, nos vestimos, salimos de casa, consumimos, trabajamos, tiramos lo que ya no usamos, regresamos al hogar, y al final del día, dormimos para repetir lo mismo cada mañana. Y en medio de todo ese ir y venir, pocas veces nos detenemos a preguntarnos qué efecto tienen todas esas decisiones en el mundo donde vivimos.

Vivimos en un planeta increíble. Uno que nos da aire para respirar, agua para vivir, comida para nutrirnos, paisajes que quitan el aliento y animales que asombran con su diversidad, pero hoy ese mismo planeta atraviesa una crisis. No porque no pueda resistir, sino porque los seres humanos hemos olvidado algo fundamental: nuestra forma de vivir debería estar en armonía con la naturaleza. No por obligación, sino porque es lo más lógico, sano y justo.

No hace falta ser un experto en medio ambiente, basta con mirar alrededor y preguntarse qué está pasando ¿Por qué hay tantos ríos contaminados? ¿Por qué llueve cuando no debería y falta el agua cuando más se necesita? ¿Por qué hay animales desapareciendo sin que nadie se dé cuenta? ¿Por qué hace más calor que antes? ¿Por qué los incendios forestales se volvieron tan comunes y devastadores?

Nada de eso es coincidencia. Es la consecuencia de un estilo de vida que ha

puesto el consumo por encima del cuidado. Donde buscamos la comodidad inmediata sin pensar en el mañana. Y, muchas veces ni siquiera por maldad, sino por costumbre o por la rapidez con la que se vive. Pues nadie nos enseñó a vivir en armonía con el medio ambiente, a hacerlo de otra manera.

Lo cierto es que el planeta está en problemas, y nosotros hacemos parte de eso. Para que nos hagamos una idea, según el Banco Mundial, cada año se generan más de 2.000 millones de toneladas de basura en el mundo. Solo en Colombia, son más de 24 millones de toneladas anuales, y lo más alarmante es que casi la mitad viene de nuestras casas. No de las fábricas ni de las grandes industrias, sino de nosotros, de nuestras pequeñas acciones cotidianas.



Diseño e ilustraciones:
Cristhian Escobar

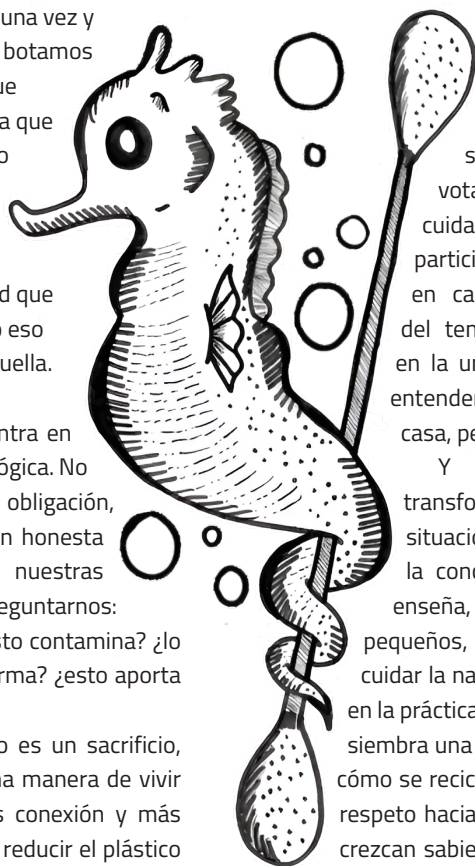
Ser conscientes no es un sacrificio, es una oportunidad, una manera de vivir con menos culpa, más conexión y más propósito

El plástico que usamos una vez y tiramos. La comida que botamos sin pensar en todo lo que costó producirla. La ropa que compramos por impulso y desechamos al poco tiempo. El agua que dejamos correr sin razón. La electricidad que gastamos de más. Todo eso cuenta. Todo eso deja huella. Todo eso daña.

Y aquí es donde entra en juego la conciencia ecológica. No como una carga o una obligación, sino como una reflexión honesta sobre el impacto de nuestras acciones. Se trata de preguntarnos: ¿esto es necesario? ¿esto contamina? ¿lo puedo hacer de otra forma? ¿esto aporta o perjudica?

Ser conscientes no es un sacrificio, es una oportunidad, una manera de vivir con menos culpa, más conexión y más propósito. Es optar por reducir el plástico porque sabemos que un simple envase puede tardar siglos en desaparecer. Es elegir caminar o ir en bicicleta, no solo para cuidar el ambiente, sino también nuestra salud. Es apoyar a quienes cultivan sin destruir. Es pensar dos veces antes de comprar algo y preguntarnos si realmente lo necesitamos.

Claro, no todo depende de nosotros. No sería justo cargarle todo a la gente del común. También hacen falta gobiernos responsables, empresas comprometidas y leyes que protejan lo que aún queda, que castiguen el daño y premien lo correcto. Pero esos cambios tampoco ocurren si no hay ciudadanos que los exijan y los impulsen.



Por eso, la conciencia ecológica también tiene una dimensión colectiva y política. No se trata solo de separar la basura, se trata votar por quienes proponen cuidar el medio ambiente. Es participar en proyectos de barrio, en campañas locales. Es hablar del tema en familia, con amigos, en la universidad, en el trabajo. Es entender que el cambio empieza en casa, pero no puede quedarse ahí.

Y si hay algo capaz de transformar de verdad esta situación, es la educación, porque la conciencia no aparece sola. Se enseña, se aprende, se cultiva. Desde pequeños, deberíamos aprender a cuidar la naturaleza solo en libros, sino en la práctica. Que los niños vean cómo se siembra una planta, cómo se cuida un río, cómo se recicla bien, cómo se convive con respeto hacia todo lo que nos rodea. Que crezcan sabiendo que el agua, los árboles y los animales tienen un valor real, no solo decorativo. Necesitamos una educación que forme personas críticas, sensibles y conscientes. Porque, al final, si no cuidamos el planeta, ¿quién lo va a hacer? 📣

